



Antonio de la Torre Bravo

Linda Dabbah, Alberto Lifshitz

Narrativa médica en los 150 años de la Academia Nacional de Medicina

CONACYT. Academia Nacional de Medicina.
Palabras y Plumas Editores
México 2014

Agradezco a la Academia Nacional de Medicina de México a través de su presidente, el Dr. Enrique Ruelas Barajas y de los directores de la obra el Dr. Alberto Lifshitz y la Dra. Herlinda Dabbah, el alto honor de la presentación del volumen 1 de “Narrativa Médica en los 150 años de la Academia Nacional de Medicina”, obra inspirada en el afán de rendir un tributo a nuestra Institución en su aniversario.

La práctica de la medicina se ha sustentado en la palabra escrita que trasciende según su sustento científico o desaparece por su vigencia transitoria para ser sustituida por el informe de los nuevos conocimientos. Así ocurre desde los aforismos de Hipócrates hasta el maremágnum de revistas médicas de la actualidad. Paralelo al médico escritor científico, la medicina y la enfermedad son tema de escritores no médicos como Susan Sontag con “La enfermedad y sus metáforas”, Cristobal Pera con “El cuerpo herido, un diccionario filosófico de la cirugía”, Guido Ceronetti con “El silencio del cuerpo” o Thomas Mann con “La Montaña mágica”, sólo por citar algunos. Ciertamente, también hay médicos autores de libros paramédicos excelentes como “Disertaciones y repeticiones” de Manuel Quijano donde afirma que confinarse a los estudios estrictamente científicos y prácticos es un error y un ligero barniz de cultura ayuda a sobrellevar la carrera, entendiendo como cultura, según un sabio francés, como lo que queda en el erudito después de haber olvidado de todo lo que apren-

dió. Del mismo libro, del prefacio escrito por Silvestre Frenk, rescato las siguientes palabras “Los médicos –así clamaban nuestros maestros– hemos de aspirar a poder compaginar saber con sabiduría, equiparar capacitación profesional con cultivo intelectual; entusiasmarlos con las voces del espíritu, irradiar hacia los demás habilidades tecnológicas a la par con los frutos de la sensibilidad humanística...

Porque ser “leído y escrito”, en nuestro lenguaje pueblerino, se ve como inmanente al ser médico. En última razón, si no necesariamente para optimizar el consabido trato paciente médico y sí la relación médico-médico.”

Para ampliar esa percepción del significado de ser médico me atreveré a entresacar algunos conceptos lúdicos vertidos por Fernando del Paso en “Palinuro de México” en un diálogo entre dos estudiantes, uno que por primera vez llega a su cuartucho en la Plaza de Santo Domingo, frente a la antigua Escuela de Medicina, Palinuro, y otro que ya es un fósil lleno de experiencias: “¡Salve! Bienvenido a esta reencarnación de los personaje más conocidos de la fauna medicoliteraria y resígnate a la idea de que tú y yo iniciaremos en nuestro país dos generaciones de inolvidables hombres dedicados a la gaya ciencia de la medicina. Pues sí, me alegro infinito que estudies para médico porque no ha habido nunca un oficio tan noble y tan rico como el de un médico. Los médicos conjugan todos los oficios y profesiones del Universo... ¡El médico es el actor por excelencia! Si tú no sabes fingir, nunca podrás ponerle cara alegre a un paciente que está muriendo de carcinoma gástrico... Pues no es nada: el médico es el arquitecto del cuerpo que compone fracturas y esguinces y fabrica

cúpuas y fémures de platino... El médico es un detective, el investigador que le sigue el rastro al *rigor mortis*, el inspector que interroga a las circunvoluciones cerebrales... el cirujano, mi cuate, cuando está en la sala de operaciones rodeado de su tripulación de enfermeras vestidas de verde, ¡es el capitán de un buque que navega en un mar de sangre y linfa, y sobre las cistotomías y las trepanaciones, con la cara atezada por las lámparas del quirófano!— A babor... hay un anestesista, doctor... a estribor... hay un linfosarcoma, doctor— A propósito, ten en cuenta que el médico es además un Demiurgo que con un abrir y cerrar de tijeras es capaz de cambiarte el sexo, fabricándote con tu propio intestino una vagina aterciopelada y palpitante; el médico es un artista que esculpe senos, modela vientres; es un mago que te saca un labio de un pecho, un pecho de un codo, una barriga de una nalga... ten en cuenta que el médico ante el cadáver, además de ser detective es el arqueólogo del cuerpo... el sabio que descubre en tus ruinas humanas, en el arco triunfal de tu pelvis y en las inscripciones de tu cerebro toda tu historia y prehistoria clínicas... el médico ante una radiografía es el moderno Champolión que descifra las piedras de tu vesícula... Un médico, hermano, es nada menos que el sacerdote obligado a guardar el secreto profesional, aquel al que le puedes confiar todas tus vergüenzas... El cirujano, señoras y señores, con su escalpelo de acero, fino y delgado como batuta de sir Henry Wood, es también el director de orquesta que modula las cadencias del corazón y el ritmo Alfa del cerebro." Hasta aquí Fernando del Paso y yo agrego, el médico, también, es el escritor que enamorado de la palabra plasma en páginas la riqueza de su vivir profesional.

"El médico, en función de su profesión terrible y a la vez hermosa, es un serreceptivo en contacto siempre con la miseria y el dolor de los hombres, de tal modo que su dolor y su miseria son como una caja de resonancia donde vibran y se am-

plifican las esperanzas y las desesperanzas, los gozos y los dolores, las risas y las lágrimas que va recogiendo a través de una vida llena de experiencias milagrosas. Pero las más de las veces el médico actúa y no escribe, se conforma con vivir su propia novela", expresó alguna vez Ricardo Pérez Gallardo en su "Antología de escritores médicos Mexicanos" en donde, paradójicamente a lo de no escribe, hace mención de una copiosa lista de autores que siendo médicos, dejaron una abundante obra literaria.

Escribir adquiere especial relevancia en una época en que la abrumadora presencia de la tecnología tiene riesgo de difuminar la condición humana, pero no desconocerla porque, finalmente, el paciente es el mismo con los mismos síntomas desde tiempos ancestrales y la intención de médico moderno es la misma: curar al enfermo con su nuevo y asombroso instrumental y su saber de profundidades moleculares.

La literatura tiene una fuente inagotable en la alucinante historia de la medicina que se recrea a la luz de nuevas interpretaciones, pero sobre todo en el acontecer cotidiano de la relación médico-paciente por su capacidad de explorar, hurgar, interpretar, analizar las emociones; la sensibilidad de escuchar la resonancia de las palabras escondidas en los silencios o la musicalidad del sollozo, del llanto desbordado, del grito desesperado o del último suspiro; la belleza de la sonrisa, del sutil movimiento de la comisura labial o de la lágrima como leve brillo, como ondulante riachuelo o desbordada cascada. Encuentra en el dolor y en el sufrimiento la justificación para la compasión y la condolencia. Traduce en metáforas el lenguaje llano para aportar belleza donde, a veces sólo hay podredumbre y oscuridad.

La literatura abre las puertas de la medicina para mostrarla al mundo no desnuda ni tecnificada, sino vestida con su verdad humanizada no sólo



para deleite sino para consolar o educar, para elevar el estado de conciencia del lector médico o no médico y para justificar que la especialización por un lado empobrece, pero por otro enriquece.

Es quizá por ello que en la bibliografía mundial abundan las voces que proponen la inclusión de la literatura dentro de la enseñanza de la medicina. Nuestra Academia no está al margen.

A lo largo de este primer tomo de 366 páginas se recopilan nueve narraciones históricas, seis biografías, doce ensayos y veinticinco anécdotas. El lector encontrará información que le será familiar o le será motivo de asombro, algunos textos lo cautivarán por su belleza y perfección de estilo, otros lo invitarán a la reflexión profunda y los preservará para lecturas reiteradas, otros lo conmoverán y los demás le despertarán una sonrisa.

El lector puede, en el ámbito de la narrativa histórica, conocer los estragos del terremoto de 1985 en la Academia Nacional de Medicina y en el resto de la ciudad, ciento cincuenta años de la microbiología, un elogio a la atmósfera del Valle de Anahuac, una reaparición del Dr. Miguel Jiménez, el peregrinaje de *Academos* redivivo en el siglo XX; en biografías recordar a Víctor Frankl, José Kuthy Porter, Francisco Esquivel Rodríguez, don Paco, las 340,000 autopsias de Rokitansky, las adversidades de Semmelweiss, y el recuerdo del maestro de anatomía Gregorio

Benítez Padilla; ensayos magníficos sobre el paradigma de la medicina actual, el vuelo de los caballos de la Plaza de Venecia, la soledad del médico, la responsabilidad académica de nuestro tiempo, la ética al final de la vida de los niños, las contribuciones de los invertebrados a la medicina o el embate del entorno en la salud mental del médico o, finalmente, una gran cantidad de anécdotas variopintas donde muchos nos vemos retratados con finas pinceladas de humor, heroísmo y ternura.

Me he referido sólo al contenido con un afán de despertar el interés en su lectura y he omitido cualquier análisis de orden técnico el cual sería imposible debido a la heterogeneidad de los autores y a la diversidad de los temas, lo que no puedo dejar inadvertido es la monumentalidad de la obra que será más evidente cuando se presente el volumen 2, porque lleva implícita la voluntad y el talento de noventa y siete autores que respondieron con entusiasmo a la convocatoria y, sobre todo, el enorme esfuerzo fuera de toda medida, con entrega absoluta, de los doctores Lifshitz y Dabbah quienes seleccionaron, corrigieron y compilaron con maestría y lograron una edición impecable.

Sólo me resta reconocer y felicitar a todos hacedores de esta obra y compartir la dicha de ofrecer a la Academia de Medicina a manera de homenaje en su aniversario, de manera simbólica, como una metáfora, esta obra como ramo de flores a los pies de Esculapio de Ampurias.